

ENTRE PARENTESIS

RESTAURACION

Abona Nov 8/34

Por Rafael Suárez Solís

Con exacta visión de novelista, de autor dramático, de escenógrafo y también de sainetero comenta Federico Villoch los "arreglos" que se hacen para convertir la vieja Plaza de la Catedral en una "nueva" diversión de turistas, si es que en verdad los turistas se divierten con algo, especialmente con estas cosas. El artículo del costumbrista es magnífico, por el estilo, por los informes y por los más de sus consejos dados a los que han puesto las manos en el llamado arreglo. Viene a decir Villoch que de una verdadera plaza vieja acabarán por hacer una decoración barata de teatro. El temor lo expresa de esta manera profesional, pensando en las "órdenes" de un posible autor de melodrama de capa y espada. "Acto primero. Decoración a todo foro representando una gran plaza del tiempo antiguo. A la derecha e izquierda del espectador, fachadas de unos grandes palacios nobiliarios. Al foro, frente de una catedral. Trastos y accesorios que dan idea de una plaza del siglo XVII".

Villoch, a pesar de sus bien ejercitadas aficiones teatrales, se echa las manos a la cabeza, como si a él le correspondiera un papel importante en el melodrama de marro hace bien. Y, sobre todo, hace mejor en "tirar la cosa un poco a sainete". Pero no hace todo el bien que debiera. Porque si es buen propósito evitar el que la Plaza de la Catedral se convierta en una decoración típica del melodrama, no necesita para ello defender el estado en que la plaza se encontraba. Aquello hacía mucho tiempo que dejara de ser una plaza antigua para convertirse en una plaza vieja. Viejo y antiguo no son adjetivos similares. La nobleza primitiva de la Plaza de la Catedral se había perdido desde hace mucho tiempo, y sus palacios, como la catedral misma, al hacerlos viejos la incuria de los propietarios y los regidores, convirtieron aquel poético lugar, paradójicamente, en una cosa nueva; como son nuevas, o quieren parecerlo, las más de las vejeces que impiden la verdadera modernidad de la existencia.

Entre las cosas modernas que se imponen figura una digna y urbana práctica de la restauración del pasado, cuando el pasado valga lo que un antecedente del actual. Los pueblos y las civilizaciones —al igual que los hombres y las cosas— no nacen por generación espontánea, y tan prudente como mirar al futuro es estudiar el pasado, y conservarlo, restaurándolo, con intenciones documentales. No es en su aspecto donde el documento guarda lo mejor de su ser histórico, porque el aspecto puede ser un disfraz; como ese palacio de la Plaza de Armas que nació disfrazado de modernidad al ponérsele, recién terminado, un vestido de pellas sobre la piel de piedra. Aquella bella fachada es ahora cuando en verdad es nueva y antigua al mismo tiempo; es decir, que tiene, gracias a la restauración, el nuevo aspecto antiguo que no supo tener en sus primeros años, porque la había disfrazado de vieja al nacer poniéndole un traje de edificio envejecido, como esas niñas forzadas a disfrazarse de personas mayores para hacer comedias caseras y ridículas.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Hablaba yo de éstos días pasados con un arquitecto que quería demostrarme con documentos a la vista cómo la mansión de los Capitanes Generales había tenido siempre por fuera yeso y pintura sobre la piedra de granito. Según eso, la verdadera restauración debiera consistir en repellarlo, como se ha vuelto a hacer con la fachada del edificio de la Jefatura de Policía. Y no es eso. Tal como está ahora el Palacio del Ayuntamiento es como dice mejor su concepto de época, su intención arquitectónica histórica. Porque no es posible que el arquitecto que lo ideó bajo el influjo de la teoría estética del granito, y según demuestra la existencia misma de la piedra en sus masas y líneas y proporciones, haya pensado en las pellas posteriores que por tanto tiempo guardaron el secreto barroco del edificio: contenido urbano que ahora vuelve a lucir, o que ahora exhibe quizás por primera vez. Habrá ocurrido que el "dueño", el "propietario" circunstancial del palacio recién nacido, fuera por aquellos días uno de esos vejestorios capaz de hacer viejo verde todo lo que le rodeaba, y haya obligado al propio arquitecto a envejecer su obra flamante. Porque de cierto, y tal como lo vemos en la actualidad, la cal y la pintura tuvieron sin estrenar durante mucha décadas aquella gracia de planos y aristas modernas y arcos y columnas y bloques en disposición de resitencia que sólo se pondera en las distancias, las masas y las proporciones, explicadas en las calidades y el color del granito.

Villoch exagera un poco —justamente alarmado— al temer que armen en la Plaza de la Catedral una escena barata para la representación de un melodrama turístico. Pero la restauración posible y deseable es otra cosa. Quitarle "tiempo" a la plaza —a sus palacios y actividades— no es restarle antigüedad. Pudiera ser, por el contrario, dársele, restituírsela. Lo que debe quitársele son perifollos, trapos, disfraces, suciedad de años, costumbres posteriores. Porque a la postre, lo que Villoch echa de menos es lo que él veía cuando niño y cuando mozo, midiendo así la antigüedad de la plaza por la unidad de medida de sus años. Por mucho que Villoch presuma de viejo en esa lamentación de los años perdidos, de sus "tiempos mejores", no lo es tanto como para presumir de tener la misma edad de la plaza en cuestión. No es la infancia de Villoch, sino la de fines del siglo XVII y principios del XVIII la que se quiere descubrir, restaurar, quitándole a la plaza las vejeces acumuladas por el siglo XIX y lo que va del XX. Eso sí debe apetecerlo la juvenil vejez de Federico Villoch, tan alegremente dedicada al estudio y exposición de las costumbres, lo popular, lo pintoresco, lo folklórico y lo histórico.

Y como el tema es grato y conveniente —y además yo sé por qué lo trató, como habré de exponer— reservémosle más espacio para otro día.

*Alman
nov. 8/34*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA